

ceses el Valle del Danubio, vía ordinaria de su patria, pueden seguir dos planes; pueden, así que los franceses han conseguido penetrar por la Suiza y la Selva Negra, ó seguir la falda de los Alpes apoyando su izquierda en las montañas y dando su derecha al Danubio, é interceptando sucesivamente todos los ríos que con él se juntan como el Iller, el Lech, el Isar y el Inn; ó bien abandonar los Alpes, colocarse de través sobre el Danubio, bajar su corriente deteniéndose en las grandes posiciones que va ofreciendo, como Ulm, Ratisbona, etc., disponiéndose á ampararse con su cauce que va sucesivamente ensanchando, ó á caer sobre el adversario imprudente que haga una maniobra equivocada; este último medio ha sido el que de preferencia han adoptado ellos.

El mariscal de Kray podía elegir entre uno y otro, ó bien apoyándose en los Alpes, ó bien maniobrando sobre el Danubio. Apoyándose en los Alpes desbarataba en cierto modo, sin saberlo, el plan del primer cónsul, que para caer con seguridad de esas altas montañas sobre la espalda del barón de Melas deseaba alejar de la Suiza y del Tirol al ejército imperial de Suabia; pero sacrificaba su ala derecha muy empeñada por las orillas del Rin delante sin saber lo que sería de ella. Adoptando, por el contrario, el partido de maniobrar en ambas orillas del Danubio, conseguía, es verdad, reunir su ala derecha, pero se separaba de su ala izquierda mandada por el príncipe de Reuss, aunque sin sacrificarla, puesto que además de un asilo tenía en el Tirol ocupación para sus fuerzas. Alejándose de los Alpes secundaba, aunque sin saberlo, las miras del primer cónsul; pero el mal no era grande, porque aun apoyándose en ellos no hubiera probablemente pensado en acudir á la Lombardía al socorro del barón de Melas. Así, pues, el plan que ofrecía menos inconvenientes y que mejor se acomodaba con la marcha ordinaria de los ejércitos imperiales, era reconcentrarse sobre el alto Danubio; pero para lograr buen éxito era preciso adoptar este partido con prontitud y resolución. Desgraciadamente para él, tenía Mr. de Kray inmensos almacenes en Stokach cerca del lago de Constanza, con una retaguardia de nada menos que doce mil hombres al mando del príncipe de Lorena-Vaudemont. Era preciso, pues, que inmediatamente hiciese trasladar su retaguardia de Stokach al alto Danubio, y que él mismo acudiese á este punto sacrificando sus almacenes, que de ningún modo había tiempo para desocupar. No lo hizo así sin embargo, y á pesar de su intención de maniobrar más tarde sobre el Danubio, situó á Mr. de Nauendorff con el centro del ejército austriaco sobre Engen, con objeto de socorrer á Stokach. Mandó al príncipe Fernando, que se hallaba en la Selva Negra, pasar al mismo punto, y á su derecha, mandada por Sztarray y Kienmayer, abandonar el Rin y reunirsele sin demora.

Uno de los mayores inconvenientes que ofrecen los grandes almacenes de víveres que usan los alemanes, es el de subordinar y sujetar á ellos en cierto modo los movimientos de un ejército. Los franceses no usan semejantes almacenes, y se diseminan por el campo al caer la noche en busca de víveres, sin que la disciplina se resienta de una manera notable; son ellos activos, industrioses y saben acudir con igual diligencia al me-

rodeo y á la bandera. Las tropas alemanas difícilmente pueden hallarse en situación análoga sin desbandarse y desorganizarse completamente. Ofrecen sin embargo una ventaja incontestable los almacenes, que es la de causar menos daño al país invadido y no exasperarle contra el ejército que le ocupa.

Moreau, marchando con su derecha sobre Stokach y con su reserva sobre Engen, mientras que el cuerpo de Saint-Cyr se alargaba á darse la mano con Sainte-Suzanne, iba, pues, á tener un encuentro con la retaguardia de Mr. de Kray en Stokach, hallándose su centro en Engen, y á dar por el costado con las tropas del príncipe Fernando, que estaban en marcha para reunirse con el grueso del ejército austriaco. Iba á resultar de aquel encuentro una batalla inesperada, cosa muy frecuente en la guerra cuando los acontecimientos no dependen del cálculo de talentos superiores capaces de preverlos y dirigirlos.

Desde por la mañana se encaminó Lecourbe hacia Stokach desviando á la izquierda para unirse con Moreau á la división de Lorges, llevando por delante sobre la carretera de Schaffhouse á Stokach á la división de Montrichard con la reserva de caballería de Nansouty, y conduciendo por fin á la derecha la división de Vandamme entre Stokach y el lago de Constanza. Dividióse ésta en dos brigadas: la una al mando del general Leval, maniobrando con intento de incomunicar á Stokach con el lago de Constanza, por Bodmann y Sernadingen, no encontró obstáculo, porque el príncipe de Reuss, que hubiera podido presentarse por aquel lado, no tenía gran premura en comunicarse con su general en jefe; la otra á las órdenes del general Molitor y dirigida por Vandamme en persona, se encaminó á espaldas de Stokach por una senda traviesa, mientras Nansouty y Montrichard se dirigían derechamente al mismo punto por la carretera de Schaffhouse. Vióse en la espesura de los bosques replegarse la infantería y hacer lo mismo la caballería desamparando el campo; llegando por fin á las posiciones que los austriacos parecían dispuestos á defender, los encontró Montrichard formados en batalla al otro lado del pueblo de Esteusslingen, protegidos por un cuerpo considerable de caballería. La infantería francesa entró en el pueblo en dos columnas y se extendió á derecha é izquierda amagando al enemigo por los flancos. Al mismo tiempo la caballería de la división de Montrichard, sostenida por el cuerpo de reserva de Nansouty, asomó por Esteusslingen, cargó vigorosamente y desbarató á los imperiales, que se retiraron á Neuzingen. Esta posición era la segunda y la principal de las que protegían á Stokach, y se apoyaba en la de Wahlwyes, amenazada en aquel instante por Vandamme con la brigada Molitor. Se advirtió que una numerosa infantería ocupaba el término del pueblo de Neuzingen, apoyándose por derecha é izquierda en los bosques que le rodean y protegida con artillería. Para desalojarla fué preciso grande esfuerzo; pero al cabo la repelió Montrichard hacia una altura llamada el Helleberg, al tiempo que Vandamme, que había atravesado la posición de Wahlwyes, salía por la espalda de Neuzingen. Tomóse la posición, y todo el cuerpo de Lecourbe reunido cayó en masa sobre Stokach, del cual se apoderó. Quisieron los austriacos apostarse nuevamente al otro lado de

Stokach para hacernos frente; presentaron en batalla cuatro mil hombres de infantería protegidos por toda su caballería; los regimientos de Nansouty cerraron con la caballería y la precipitaron en desorden sobre la infantería, la cual en esta ocasión sólo pensó en rendirse. Hizo Lecourbe cuatro mil prisioneros, tomó ocho cañones, quinientos caballos y los inmensos almacenes de Stokach. No podía ser otro el resultado, porque Lecourbe, además de tener tropas capaces de batirse contra un enemigo superior en número, tenía doble gente que el príncipe de Lorena, á pesar de haber destacado la división de Lorges á reunirse con Moreau. Quedaba terminado su cometido sin tardanza, y si hubiese presidido al conjunto de las operaciones una dirección vigorosa, hubiera podido utilizarse en otra parte, como vamos á ver inmediatamente.

La división de Lorges, destinada á servir de intermedio entre Lecourbe y Moreau, se había repartido en dos brigadas. La brigada de Goulu marchó sobre Aach para explorar el intervalo comprendido entre Stokach y Engen, no encontró enemigos que combatir y se replegó sobre Stokach, donde vino á ser inútil. El general Lorges, que con el resto de su división se había reunido á las tropas de Moreau, las acompañó hacia Engen.

Moreau se había puesto en marcha sobre Engen desde el amanecer con todo el cuerpo llamado de reserva. Al mismo tiempo Mr. de Kray atravesaba esta aldea para pasar á Stokach á socorrer sus almacenes; pronto advirtió por el número de las tropas que á su vista se desplegaban, que en vez de un reconocimiento iba á verificarse un combate, y se detuvo de repente dispuesto á la batalla, confiado en la masa de cuarenta mil hombres que dirigía y en lo ventajoso de las posiciones en que le había colocado la casualidad. Al dejar hacia Schaffhouse las orillas del Rin para pasar á las del Danubio, y en aquella región enmarañada é intratable, cuyas pendientes son quebradas é indecisas, se descubre el pequeño valle de Aach, que conduce al lago de Constanza las aguas que no van ni al Rin ni al Danubio. En este valle está situada la aldea de Engen; para bajar á ella es preciso atravesar una serie de alturas selváticas de difícil acceso. Ocupábanlas los austriacos con su infantería y tenían su caballería en el llano de Engen; era, pues, preciso que Moreau los desalojase primero de aquellas alturas y que después descendiese al llano á derrotar á la caballería imperial. Marchaba él en persona al frente de las divisiones de Delmás, de Bastoul y de media división de Lorges; á su izquierda había enviado á la división de Richepanse por el camino llamado de Blumenfeld, para que internándose en una serie de valles moviese al enemigo de sus posiciones por los accesos menos defendidos. Después de lo cual todos reunidos debían caer en masa sobre Engen.

Lorges, que se había adelantado un tanto á las tropas de la reserva, encontró un cuerpo de enemigos cerca de Waterdingen, y antes de atacar esperó á la división de Delmás, que llegó en breve. Cargaron entonces reunidos y aventaron á los austriacos. Llegados á aquel punto tenían que trepar por las alturas que rodean á Engen, para lo cual era preciso que atravesasen varias mesetas escarpadas dominadas hacia la derecha por una posición llamada el Maulberg, y hacia la izquierda por un pico de imponente elevación conocido con el nombre de pico

de Hohenhewen. Se encargó á Lorges que asaltase el Maulberg; después de un breve cañoneo avanzó él y cedió el enemigo. Entonces Delmás, tomando por la izquierda, se dirigió á un bosque que ceñía al pico de Hohenhewen y que estaba ocupado por ocho batallones de infantería enemiga; adelantáronse hacia el bosque sin hacer fuego dos batallones de la 46.<sup>a</sup>, mientras el general Grandjeán y el ayudante general Cohorn le daban la vuelta con un destacamento. Apenas recibieron una descarga de los batallones de la 46.<sup>a</sup>, se precipitaron sobre el enemigo á bayoneta calada; y viéndose los ocho batallones austriacos tan resueltamente atacados de frente y envueltos por su derecha, abandonaron el bosque. Nuestras tropas, después de apoderarse de las principales posiciones que protegían las bajadas al valle de Engen, no tenían más que descender á él atravesando un copioso arroyo. Habíase retirado el enemigo al pico de Hohenhewen; colocó su artillería y su infantería en sus vertientes y puso en batalla en la llanura de Engen doce mil jinetes. Quiso Moreau primeramente tomar el pico de Hohenhewen, y ordenó á la división de Delmás que diese al punto el asalto; al salir esta división del bosque de que se acababa de apoderar llovió sobre ella un fuego mortífero; le soportó con denuedo, y el general Jocopín, que se puso á la cabeza de la infantería, al subir por las vertientes del pico cayó atravesado un muslo de un balazo; pero el general Grandjeán dió la vuelta á la posición, y el ayudante general Cohorn, á quien vimos atravesar el Alb en hombros de un granadero, asaltó la cima con un batallón y desalojó á los austriacos. Enseñoreadas entonces nuestras tropas de todas las alturas que dominaban la llanura de Engen, pudieron sin dificultad desplegarse en ella. Retiróse el enemigo al otro lado del llano, poniendo por medio el arroyo que le atravesaba, y al pie de una cadena de rocas que formaban su opuesta orilla. Tenía formada al frente su numerosa caballería con la mayor parte de su artillería, y á la espalda, en el fondo de un valle, á cuya entrada está situada la aldea de Egingen, una poderosa reserva de granaderos. Tal era la masa de fuerzas que había que derrotar para terminar la batalla en favor nuestro.

Mientras sucedía todo aquello, resonaba un fuego muy nutrido y lejano por el lado del pico de Hohenhewen, á lo largo de aquel cinto de selváticas alturas que rodean á Engen. Era que la división de Richepanse había venido á las manos con las tropas con que Mr. Kray coronó aquella parte del campo de batalla. El general Richepanse había tenido que repartir su división en dos brigadas para tomar dos posiciones, llamada la una de Leipferdingen y la otra de Waterdingen, en la hondura de los valles donde se había empeñado. Sostenía un combate encarnizado y de resultados tan pronto favorables en la apariencia como adversos, cuando por fortuna suya comenzaron á asomar las primeras tropas del cuerpo de Saint-Cyr. Llegaban éstas bastante tarde de resultados de la falta de conjunto que había en las disposiciones de Moreau; porque Saint-Cyr había tenido que acudir á Sainte-Suzanne con una de sus divisiones, se había visto precisado á esperar á Ney, á quien tenía en retraso la falta de víveres, y á esperar la llegada de su propia artillería, que había quedado siempre rezagada desde el paso del Rin, y además

había tenido encuentros incesantes con el príncipe Fernando, y no pudiendo presentarle batalla con una sola división contra tres, había tenido que ir marchando con mucha precaución y lentitud. Llegaba por fin el socorro de Richepanse en el momento que Mr. de Kray intentaba contra él un vigoroso y último esfuerzo para interceptarle la vía de Engen.

Calculando Moreau por lo sostenido del fuego el peligro que corría Richepanse, se propuso atraer á los austriacos hacia la izquierda, para lo cual creyó deber atacar la aldea de Ehingen, que formaba el apoyo de su posición por el otro lado de la llanura. Hemos dicho que el enemigo tenía apostadas allí al pie de una cadena de rocas su artillería, su caballería y además una reserva de granaderos en un valle cuya entrada ocupaba la aldea de Ehingen. Dirigióse hacia aquel lado el general Bontemps con la media brigada 67.<sup>a</sup>, dos batallones de la 10.<sup>a</sup> ligera y dos escuadrones del 5.<sup>o</sup> de húsares; seguíale el general Hautpoul con la reserva de artillería. Estas tropas, marchando en columnas por la llanura bajo los fuegos de una batería de doce piezas, llegaron denodadamente á la aldea de Ehingen y la asaltaron con buen éxito al principio; pero los ocho batallones de granaderos de reserva cayeron sobre ellas de golpe, la caballería austriaca apoyó con una carga vigorosa á los ocho batallones, y aquella súbita tormenta obligó á nuestros soldados á ceder el campo. La caballería del general Hautpoul fué envuelta por la gran masa de la caballería imperial: el valiente general Bontemps fué herido gravemente en medio de aquella confusión; al punto mismo se oía redoblar el fuego á nuestra izquierda al otro lado del pico de Hohenhewen anunciando el grave peligro de Richepanse, obstinado, sin haberlo conseguido todavía, en forzar la línea de las alturas.

Moreau, que desplegaba en los momentos más críticos la firmeza de un ánimo verdaderamente guerrero, se penetra al momento de lo grave de la situación y se decide á dar un ataque desesperado para hacerse dueño del campo de batalla. Manda adelantar los restos de la división de Bastoul, junta en persona unas cuantas compañías de granaderos que tenía á la mano, los anima, los hace avanzar, atropella todo lo que encuentra al paso, y vuelve á lanzar sobre Ehingen nuestras tropas victoriosas. Mientras él forzaba á la fortuna por aquel lado, hacía Richepanse por el suyo prodigios de valor. Saint-Cyr, unido ya con Ney y definitivamente libertado del archiduque Fernando, manda adelantar la brigada del general Roussel; rivaliza ésta en ardor con las tropas de Richepanse tan largo tiempo empeñadas en la liza, y las ayuda á conquistar unas alturas tan impetuosamente disputadas. Decídese, pues, la acción por todas partes en favor nuestro, pero á costá de grandes esfuerzos y de mucha sangre vertida: sólo la cuarta media brigada acababa de perder en estos combates de quinientos á seiscientos hombres.

Iba cayendo la noche; los franceses redoblaban su ardor, al paso que los austriacos, sabedores de la ruina del príncipe de Lorena Vaudemont en Stokach, empezaban á desalentarse; y Mr. de Kray, temiendo ser sobrecogido por aquel punto, mandó la retirada, apresurándose á llegar al Danubio por Tuttlingen y Liptingen.

La pérdida del ejército francés en esta serie de

encarnizados encuentros fué de bastante consideración, pues dos mil hombres entre muertos y heridos quedaron fuera de combate; no escasa la del ejército austriaco, que perdió tres mil, dejándonos además de cuatro á cinco mil prisioneros. Las tropas francesas suplieron con su valor heroico los defectos del plan general; éste en realidad dejaba mucho que desear, y ya podemos ahora apreciar en lo justo los yerros en él cometidos. Desde luego es fácil juzgar por sus mismos resultados lo poco conveniente que era pasar el Rhin por diversos puntos á la vez. De resultas de este modo de operar, los cuerpos dispuestos á marchar juntos habían quedado reducidos á tres, y además el tercero, que era el de Saint-Cyr, estuvo paralizado por la necesidad de dar la mano al cuarto, que quedó rezagado. A este sistema de varios puntos de pasaje se debía también el retraso de la artillería de Saint-Cyr, que en verdad no contribuyó poco á diferir el socorro enviado á Richepanse. En cuanto á la misma batalla, hemos visto que Moreau había tenido que combatir con veinticinco mil hombres á cuarenta mil en Engen, al paso que Lecourbe con veinte mil no había tenido que combatir más que á doce mil en Stokach, y que Saint-Cyr había quedado sin ocupación, reducido al papel de mero observador. Acusado éste de haber acudido demasiado tarde, afirmó que en todo el día no había llegado á él un solo edecán del cuartel general; muy rara vez ó nunca se verán cosas semejantes en las batallas mandadas por el primer cónsul. No obstante, aun para obrar del modo que obró era preciso que fuese Moreau un general de relevante mérito. Una vez empeñado en el peligro, se portó con aquella calma y con aquel vigor que jamás le abandonaron, y sobre todo consiguió la victoria, secundado por el valor de sus tropas, y adquirió sobre el enemigo una superioridad decidida.

Juntó su ejército en seguida en el campo de batalla, y si al día siguiente hubiera perseguido con arrojo á Mr. de Kray por la ruta de Stokach al Danubio, probablemente le hubiera arrojado á él desordenadamente; pero no tenía Moreau bastante ardor en su carácter, y era demasiado afecto á conservar sus tropas para ejecutar esa especie de movimientos rápidos que, si bien fatigan momentáneamente á los soldados, economizan en realidad su sangre y sus fuerzas abreviando el resultado. La jornada del 4 de mayo (14 floreal) se empleó en rectificar la posición del ejército y en marchar lentamente hacia el Danubio; Saint-Cyr se encaminó por Tuttlingen, y Moreau y Lecourbe marcharon por Moësskirch, vigilando siempre sobre la derecha y sobre las gargantas del Vorarlberg, por donde hubiera podido asomar el príncipe de Reuss.

No estaba aún Mr. de Kray resignado á ceder el campo sin combatir, pero su ejército había perdido, además de su aliento, cerca de diez mil hombres. Quiso, sin embargo, cometer el yerro de exponerle á un nuevo encuentro con los franceses antes de pasar el Danubio, y de reunir á los generales Kienmayer y Sztarray, que volvían de las orillas del Rhin atravesando la Selva Negra, al mismo tiempo que el cuerpo francés de Sainte-Suzanne. Para que el ejército austriaco hubiera podido recobrar ánimos, habría necesitado por lo menos la defensa de un gran río, unos cuantos días de descanso y algún refuerzo. La posición de Moësskirch, en la cual

le dió tiempo Moreau para asentarse, inspiró á Mr. de Kray la resolución imprudente, pero generosa, de renovar el combate.

La posición de Moësskirch ofrece en efecto un poderoso amparo. La carretera que se junta por Engen y Stokach con el Danubio un poco antes de llegar á Moësskirch, pasa por debajo de una mesa espaciosa y elevada, llamada la mesa de Krumbach; deja á ésta á la izquierda, y después se interna en un terreno cubierto de bosques, donde forma un largo desfiladero; desemboca después en un campo descubierta, en cuya extremidad se distinguen la pequeña población de Moësskirch á la derecha y el pueblo de Heudorf á la izquierda. Detrás de Moësskirch se alza una línea de colinas que se prolongan desde Moësskirch á Heudorf, y de Heudorf van á juntarse á espaldas y á la izquierda de la mesa de Krumbach; de modo que la carretera, después de pasar por el pie de dicha elevación y de obscurecerse en un bosque, sale por fin al campo raso flanqueada por las alturas que se extienden desde Moësskirch á Heudorf.

Coronó Mr. de Kray aquella posición con una formidable artillería; el príncipe de Lorena formando la izquierda de los austriacos ocupaba á Moësskirch y las alturas circunvecinas; Mr. de Nauendorf formando su centro se extendía por encima de Heudorf con una reserva de granaderos á retaguardia; Mr. de Wrede con los bávaros, el archiduque Fernando y el general Giulay, reunidos, componían la derecha del ejército imperial sobre la eminencia de Krumbach.

Tan ajeno estaba Moreau de creer posible la batalla de Moësskirch como la que se trabó en Engen. Sospechando, no obstante, que pudiera encontrar en Moësskirch alguna resistencia, se lo previno á Lecourbe, avisándole de que tal vez sería menester hacer un esfuerzo hacia aquel punto, sin darle, sin embargo, las órdenes terminantes de reconcentración que son necesarias para una gran batalla inminente. Lecourbe, poniéndose á la cabeza del ejército y emprendiendo su marcha con tres divisiones, había desviado un tanto sobre su derecha la división Vandamme, siempre con objeto de observar los movimientos del príncipe de Reuss hacia el Vorarlberg. Una parte de dicha división al mando del general Molitor debía dirigirse por el camino de Pfullendorff y Klosterwald hacia el costado de Moësskirch. Lecourbe con las divisiones de Montrichard y de Lorges y con la reserva de caballería debía avanzar por la carretera que acabamos de describir, y que después de pasar por el pie de Krumbach asoma saliendo de los bosques frontera á Moësskirch. Seguía Moreau el mismo camino siempre algo rezagado, Saint-Cyr daba el flanco de lejos á la izquierda de Moreau mirando hacia Tuttlingen, atravesado sobre el Danubio. No eran aquellas ciertamente disposiciones para una gran batalla, porque Vandamme no hubiera debido quedar solo con una media división sobre el costado de la posición de Moësskirch. Lecourbe debió dirigirse hacia aquel lado con todo su cuerpo: Moreau no debió salir tan tarde ni aglomerarse con Lecourbe en un mismo camino y en el desfiladero de un bosque; y por último, Saint-Cyr no hubiera debido quedar á tanta distancia.

Pero volviendo al hecho, Lecourbe se puso en movimiento desde la madrugada con arreglo á las disposiciones convenidas. Al llegar á la altura de Krum-

bach dejó esta elevación á su izquierda y se internó en el desfiladero del bosque. Encontraron en él algunas avanzadas que tuvieron prontamente que replegarse, y consiguieron atravesarlo. Descubrieron entonces el terreno abierto en cuyo límite asienta Moësskirch, rodeado por todas partes de eminencias que coronaba la artillería de los austriacos. Desde que aparecieron las cabezas de las columnas, cinco piezas de artillería disparando de frente por el lado de Moësskirch y otras veinte disparando de costado por la parte de Heudorf arrojaron sobre los nuestros una lluvia de balas y metralla. Dos batallones de infantería ligera se situaron á la vera del bosque, y tres regimientos de caballería, el 9.<sup>o</sup> de húsares, el 12.<sup>o</sup> de cazadores y el 11.<sup>o</sup> de dragones, avanzaron rápidamente para proteger la colocación de nuestra artillería. Nuestros escuadrones se vieron precisados á replegarse bajo el fuego que las veinticinco piezas fulminaban en todos sentidos; quince piezas que quiso oponer el general Montrichard á la artillería austriaca quedaron en parte desmontadas; la misma infantería ligera tuvo que buscar amparo en el bosque. La caballería austriaca quiso á su vez cargar sobre nosotros, pero fué vivamente repelida; sin embargo, cada vez que el general Montrichard quería salir del bosque, un fuego violento hacía detener sus columnas; conocióse bien pronto que no era aquel el verdadero punto de ataque para tomar á Moësskirch, sino por el contrario la derecha, siguiendo el camino transversal de Klosterwald, por donde se adelantaba Vandamme. Pero éste estaba aún distante por causa de la longitud del camino que tenía que recorrer. En el entretanto decidióse Lecourbe á hacer una tentativa sobre Heudorf, desfilando por su izquierda á lo largo de la orilla del bosque. La 10.<sup>a</sup> de ligeras, á pesar de un fuego violento de artillería y caballería, entró en el pueblo de Heudorf, pero fué rechazada por fuerzas superiores, y mientras la caballería corría en su socorro, la artillería austriaca, situada en las alturas escarpadas á espaldas de Heudorf, la redujo á hacer un movimiento retrógrado. Esta segunda tentativa para desembocar por la izquierda, no fué, pues, más feliz que la que se había hecho para atacar directamente á Moësskirch.

Alentados los austriacos con nuestro descalabro, quisieron tomar la ofensiva é intentaron caer por el pueblo de Heudorf sobre la división de Lorges. Pero era desmesurado el intento contra tan valientes tropas. Fórmase la 38.<sup>a</sup> en columna y marcha adelante; ocho piezas de artillería vomitan sobre ella sus descargas de metralla; pero sigue marchando con una serenidad admirable, y penetra en Heudorf á bayoneta calada. Sobre el terreno escarpado que servía de fondo al pueblo había bosques, y en ellos estaban apostadas las masas compactas de la infantería austriaca. Caen de repente fuerzas superiores sobre aquella valiente media brigada, y á impulso del número va á ceder; pero llega á su socorro la 67.<sup>a</sup> y la reanima, y vuelve á la disciplina; ambas reunidas cargan de nuevo, la división entera se precipita en pos de ellas, invaden el pueblo, franquean sus temibles alturas y se apoderan de aquel enmarañado asilo desde donde el enemigo hacía llover sobre nosotros sus fuegos. Mientras se traba á nuestra izquierda aquel terrible combate alrededor del pueblo de Heudorf, Vandamme por la derecha se precipita finalmente